



Críticas de libros

POR Santiago J. Navarro (majjamer@hotmail.com)

El honor entre supervivientes



NOVELA

LIONEL ASBO. EL ESTADO DE INGLATERRA

Autor: Martin Amis. Editorial: Anagrama, 2014. Páginas: 360.



NOVELA

MUERTE SÚBITA

Autor: Álvaro Enrigue. Editorial: Anagrama, 2013. Páginas: 264.

La obra de Martin Amis (de la galardonada *El libro de Rachel* a las elogiadas *Dinero* y *Tren nocturno*, pasando por los relatos de *Mar gruesa* y unos pocos ensayos, como el titulado *La guerra contra el cliché*) es distinguida en medio mundo con la etiqueta de *vigorosa*, como una de las más atractivas de la Inglaterra de nuestros días, en realidad, y su última novela no se queda atrás en su paseo por el lado salvaje de la vida barriobajera en una gran ciudad pero una de las virtudes desplegadas en *Lionel Asbo* es la meridiana claridad de Amis escupiendo las babas de una noche loca en Diston: la historia del pobre Desmond es rigurosamente realista y bastante divertida, excepción hecha de lo que pueda percibir el lector que duerma en una casita de cristal y se acerque al libro con pasos indecisos. *Lionel*, por cierto, es el tío del pobre Desmond y ha pasado demasiado tiempo entre rejas por culpa del “extremo más espeluznante del cobro de deudas” y la reventa, aunque “en aquella gran ciudad del mundo, había centenares de miles de hombres jóvenes que se parecían mucho a Lionel Asbo”.

Otra cosa es *Muerte súbita*... El último Premio Herralde tiene trazas de novela histó-

rica, su estilo es cercano al tradicional y su lenguaje, como no podía ser de otra manera, más literario que el de Martin Amis pero Álvaro Enrigue tiene algo en común con él y ese curioso detalle es la destacada presencia entre líneas de la enconada defensa del honor entre crápulas y asesinos de distinto pelaje. No obstante, donde no hay sino una legión de descerebrados de la que el pobre Desmond intenta alejarse con pocas probabilidades de éxito, jamás podría uno haberse encontrado con los combativos personajes del libro del mexicano, vividores a tiempo completo que responden al nombre de Quevedo o al de Caravaggio y no lo hacen como portadores de un mote medianamente malintencionado colgado a sus espaldas por un compañero de clase tirando a matón, pues la verdad es que ahora nos hallamos en la Roma de finales del siglo XVI.

“Ordenadores viejos, televisores, teléfonos móviles y frigoríficos: plomo, mercurio, berilio, aluminio. Diston zumbaba. Un fon-

‘Muerte súbita’ es una novela despreocupada a la hora de mezclar géneros, pero resulta alucinante y hasta alucinógena

La obra de Martin Amis no se queda atrás en su paseo por el lado salvaje de la vida barriobajera en una gran ciudad

do de radiación y un fondo de música para una medio vida de cincuenta y cinco años”, vomita Desmond cuando es consciente de hallarse en la barriada que lo parió. Eso sí, la ilusión, bastante cutre, dura poco: “Oyó que Lionel atacaba los cerrojos. Los chasquidos y trepidaciones dispersaron su ensueño apaciguador”, recuerda cuando su tío, un perro callejero poco (o nada) interesado en su propia existencia, vuelve al apartamento para hacerle ver que estudiar y cuidarse un poco no merece la pena allí donde las niñas dan a luz sin descanso y los niños muy, pero que muy pronto dejan de serlo para convertirse en seres no muy diferentes de los perros que les permiten trajinar con el dinero y la paciencia del de enfrente.

Por su parte, para “el día del encuentro entre Cortés y Cuauhtémoc los españoles ya estaban más que familiarizados con Tenochtitlán (...). La gente se preguntaba, con insistencia cada vez más vociferante, por qué Moctezuma no los rodeaba y los mataba de una vez”, nos hace saber Enrigue en *Muerte súbita*: “Hubiera sido interesante que la Historia se hubiera dado vuelta por ese circuito. Cortés y su compañía serían para el mundo contemporáneo como esos mártires menores que acometieron la inexactitud de ir a dar misa al Japón”, estima oportuno el autor de *Hipotermita*. Y te hace pensar... Pero no conviene, tampoco aquí, devanarse los sesos, que la vida es corta y ambas novelas merecen disfrutarse como nunca lo hemos hecho: a lo bestia.

Ricardo Piglia y Alfredo Bryce Echenique reirían (y mucho) con *Muerte súbita*, probablemente tanto como Alessandro Baricco después de haber dado buena cuenta de *Lionel Asbo*. *El estado de Inglaterra*. La primera es una novela despreocupada en algunos pasajes por la coherencia del relato al mezclar diferentes géneros pero, en su conjunto, resulta alucinante y hasta alucinógena; la propia existencia de los marginados de las grandes ciudades modernas, habitualmente alucinados, brinda la coherencia narrativa a la segunda de ellas. ●

Nada hay que dure más



POESÍA

ELEGÍA DE YUSTE

Autor: Autor: José A. Ramírez Lozano. Editorial: Celya, 2013. Páginas: 50.

“Porque nada hay que dure/más que la soledad aquella...”: así arranca la primera pieza literaria de *Elegía de Yuste*, VII Premio Internacional de Poesía Ciudad de Pamplona, y arranca así *Una viola en la noche*, primer tercio de la obra, porque José A. Ramírez, su autor, no sólo recuerda en su libro la firmeza de la muerte (“Nadie entrega la vida sin sospecha”), ya que la Parca, tenaz, se presenta de mil y un colores:

“Ciego acogen las sombras al vencido”.

El volumen del filólogo extremeño que triunfó el pasado año en dicho certamen pertenece a la colección *Generación del vértice* de la editorial Celya, gracias a la cual pueden también leerse obras igualmente atractivas de otros autores, como Jesús de Castro (*En el camino*) y Agustina Roca (*El escenario*, XI Premio Internacional de Poesía León Felipe). Y, en ese contexto, Ramírez Lozano insiste en la devastadora batalla de la duda contra el hombre, la que corroe al ser humano que no tiene otro remedio que reconocer su condición de mortal:

“La vida me mató
Y me amparó la Muerte
Acá donde la rosa mineral
Aguarda como yo (...)

Volver a ese dolor que llaman vida”. Resta destacar la cuidada presentación del libro, virtud que favorece la imagen de un certamen cuyo galardón ya lograron con anterioridad autores como Teresa Núñez o Julio César Jiménez. ●

Fin de época



NOVELA

MONSTRUOS PARISINOS

Autor: Catulle Mendès. Editorial: Ardicia, 2013. Páginas: 192.

La editorial Ardicia acaba de nacer y lo hace brindándonos obras del siglo XIX tan interesantes como *El libro de Jade* (Judith Gautier) y *Monstruos parisinos*, una de las novelas de Catulle Mendès, autor acusado de un delito, el de amaneramiento, en su abundante bibliografía e ignorado por los lectores europeos pese a mostrar siempre cierta habilidad narrativa en distintos géneros. *Las brasas del cenicero* es una muestra de su poesía, como *Los 73 días de la Comuna* lo es de su ensayística

y este *Monstruos parisinos* (1882) demuestra que algunos autores *menores* pueden llegar a ser “notables” e incluso “constituyen la atmósfera literaria de una época”, tal y como reconoce en el prólogo del libro Luis Antonio de Villena.

Escritores de altura como Maupassant y Anatole France destacarían las características primordiales de su obra, propia de un fin de época y, por lo tanto, centrada en la decadencia de un espíritu esencialmente renovador que no desaparece e incluso destaca en *Monstres parisiens*, conjunto de retratos sinceros realmente originales y más o menos afortunados que son, en realidad, una selección recopilada con ese nombre de entre los muchos relatos biográficos de ficción publicados en formato de revista, principalmente entre 1881 y 1882. Son, finalmente, retratos independientes entre sí y, al mismo tiempo, capítulos de un único universo, cuentos entrelazados por la atracción mundana que parece haberse hallado a flor de piel en aquel añorado París del XIX. ●

Una historia amable



NOVELA

EL DESTINO DE SOFÍA

Autor: Juan Iribas. Editorial: Sahats, 2013. Páginas: 190.

El escritor sin recursos que protagoniza *Antes de que huela a café* y el taxista que sueña precisamente con vivir de la escritura en *El cuaderno de piel vuelta* son personajes muy similares a Helena, la hondureña que se echa sobre la chepa las últimas voluntades de Sofía en la novela del navarro Juan Iribas que ahora llega a las librerías: todos ellos, miembros de la familia de ficción del autor, pueden imaginarse de carne y hueso sin esfuerzo alguno y a todos ellos la vida les ha puesto

en su sitio, que no es otro que el de ganarse el pan de cada día con su propio esfuerzo. Esa es la principal virtud de *El destino de Sofía*, obra que, por lo tanto, cuenta con seres poco menos que reales y responsables de su papel correspondiente en este valle de lágrimas que todos compartimos. Y son las charlas que Helena mantiene con el espíritu de Sofía en el panteón familiar de ésta, las que permiten intimar con ambas sobre algo tan presente en nuestra época como es el complicado estado de las relaciones de dependencia, menos complicado en la última entrega de Iribas, novela que evita en todo momento el lenguaje arriesgado o una puesta en escena que dificulte la narración y presenta un buen número de seres humanos en condiciones de colaborar, demasiados, en comparación con la cruda realidad. En definitiva: los personajes de *El destino de Sofía* son la esencia de una historia amable que su autor describe al calor de cierto aire infantil y algunos párrafos calcados realmente innecesarios. ●